

*Y evoco de la tumba a MacGregor,  
porque en mi primera dura primavera fuimos  
amigos,  
aunque a últimas fechas nos extrañamos.  
Lo creí medio lunático y medio villano,  
y se lo dije, pero la amistad nunca se acaba;  
¡y qué importa que la opinión parezca mudada,  
y cambiada con la voluntad,  
cuando los pensamientos surgen por sí solos  
acordándose de las generosas cosas que hizo  
y medio me pongo alegre de estar ciego!*

*Tenía mucha industria en el comienzo,  
mucho valor fanfarrón, antes de que la soledad  
lo enloqueciera;  
que las meditaciones sobre un pensamiento  
desconocido  
hacen que disminuya más y más el comercio entre  
amigos;*

*esas meditaciones se quedan sin paga y sin elogio.  
Pero él objetaría el anfitrión,  
y mi vaso porque es mío;  
era enamorado de ánimas  
y ahora que es ánima él mismo puede que se haya  
vuelto más arrogante.*

*Poco importan los nombres. Importa poco quien  
sea,  
con tal de que sus elementos se hayan refinado  
de tal modo  
que el humo de moscatel  
pueda brindarle a su aguzado paladar éxtasis  
que hombre ninguna ha podido sorber del vino  
entero.*

*Tengo verdades momias que decir  
de que se burlan los que viven,  
pero para oído sobrio,  
aun cuando puede ser que cuantos oigan  
debieran reír y llorar una hora de reloj.*

## ¡VERSOS!

*A tender en renglones  
lo que llevo por dentro  
y ser en mis pasiones  
andas del Sacro Encuentro.*

*A dar cual dan dos pechos  
la vida de su cría  
versos que llevo hechos  
dentro del alma mía . . .*

*Quiero oír de mí mismo  
porque el egoísmo  
de mi melancolía . . .*

## Max Jiménez

Costa Rica, 1931.

*Pensamiento tal—pensamiento tal retengo  
apretado  
hasta que la meditación domine todas sus partes,  
que nada puede detenerme la mirada  
hasta que la mirada llegue a pesar de todo el  
mundo  
hasta donde los malditos se han deshecho a  
aullidos el corazón  
y hasta donde los benditos danzan;  
pensamiento tal, que envuelto en él  
necesito cosa más ninguna  
pues me envuelve mi propio intelecto  
como vendas de momias envuelven a la momia.*

## Persiles

Heredia, Octubre de 1931.

### Letras italianas

## La misa de oro

=Trad. y Envío de José Fabio Garnier.=

*Homínibus bonae voluntatis.*

Misa! no Mies.

Quien pensó en una mies de oro, recordó que soy poeta campesino y luego dijo:

¿Qué tiene él que ver con la misa?

En realidad, apenas sí recuerdo aquella ceremonia. . .

Un sacerdote está ante el altar. Se inclina, se arrodilla, cruza las manos y los dedos, alza los ojos al cielo, se vuelve hacia los presentes, se persigna, bendice, se golpea el pecho, lee en un libro, medita, suspira, murmura. . .

¿Con quien habla, así en voz baja, en tono de confidente dolor? Habla, secretamente, con lo invisible. De cuando en cuando se escuchan palabras más claras, humildes y sublimes, melancólicas y solemnes: *No soy digno! . . . En alto los corazones! . . . A nosotros, los pecadores! . . . Orad, hermanos!*

Un misterio se lleva a afecto con el pan y con el vino, con el primer alimento doméstico del hombre y con la bebida que el hombre, para olvidar su dolor primordial, agrega al agua de las fuentes y de los ríos. El pan se convierte en carne, el vino se hace sangre. Es la carne de un Dios hecho hombre que palpita en el ensueño sagrado. Es la sangre de un Dios humillado y crucificado, que corre, sobre una mesa que es

un patíbulo, en un martirio que es una cena. El hombre se alimenta de Dios! El hombre bebe la eterna vida!

2.—Recuerdo, recuerdo esa ceremonia. No solamente porque esos coloquios secretos con lo invisible, resuenan todavía en algún rincón de mi alma, que se conserva aún como era en la lejanísima niñez: un rincón en el cual alguien que todo lo cambia de lugar no entró porque lo encontraba impregnado de memorias hartas dulces, hartas dolorosas! No: he presenciado algunas veces la misa, después. En una ocasión, recuerdo, era en mil ochocientos ochenta y siete . . .

Me encontraba en un pueblecito tal como supongo que no haya otro que mejor compendie en sus bellezas "il bel paese": entre la montaña y el mar, entre hayas y naranjos; en la pequeña Massa que es toda un paisaje. Y se celebraba una misa con ocasión de la muerte purpúrea de cuatrocientos jóvenes nuestros acaecida allá en un desierto lejano, violentamente. Habían caído en un montón: habían sido asesinados, despedazados, ultrajados. La gentil sangre latina había saciado la sed de las hienas!

Desde cuando Italia había sido integrada con Roma, era aquel el primer hecho de ar-

mas después de tres lustros de paz inquieta.

Unos años antes habían muerto el Rey y el Dictador. Había muerto quien, en sus días iniciales, bendijo esta tercera Italia; quien la había evocado de sus memorias antiguas, había muerto también él, el misterioso apostol y profeta, aquí en Pisa.

Italia estaba sola, sola, sola con Roma. Con Dogali empezaba un nueva historia Romana. Con un auspicio de sangre y de desventura.

El sacerdote estaba ante el altar. Un batallón se había alineado dentro de la iglesia. El pueblo, de cuando en cuando, volvía los ojos hacia aquellas filas. . . Así eran los que allá lejos murieron. Así habían muerto: alieneados, se decía: listos para obedecer. Eran, mejor dicho, aquellos mismos: inmóviles y tétricos asistían a los propios funerales. En el centro del templo, solo, oscuro, fiero, el comandante. Y el sacerdote hablaba, en secreto, con lo invisible. . . "Nos han precedido. . . dales el consuelo de tu luz y de tu paz. . . te suplicamos. . . dáles paz, dáles paz. . . concédeles paz eterna. . . descansen en paz. . .!"

Se hizo un silencio profundo; apenas violado por un concorde movimiento de armas, se escucharon, entonces, como entre suspiros, las palabras: "Recibe, tú, Padre. . . recibe esta víctima inmaculada!". . . Las frentes se inclinaron. Los jóvenes soldados sostenían, con los fusiles, los rostros en una actitud de plegaria, que era casi de suprema desesperación. . . El sacerdote elevaba al hombre hasta Dios; levantaba, en un cáliz, la sangre de la víctima hacia el cielo de la gloria.

En el centro, el comandante, fosco, aquilino, severo, había rendido la espada. La cruz se levantaba, la espada, ante ella, se rendía.

-Aquel comandante era hebreo.

3.—Quisiera ir más allá que aquel Mayor hebreo en la fe de Cristo para asistir con más profunda significación y con igual veneración que los demás, a otro misa, dentro de pocos días, el próximo dos de junio!

Y desearía poseer la voz más dulce posible para decir: "Venid también vosotros" a aquellos que no tienen fe, a los que no conocen misterios; para decirles: "No uséis solamente la razón, que vosotros no podéis separar de todo lo que forma nuestra humanidad! Venid conmigo! ¿Podrías negaros a ver y a gozar del sol que nace o del sol que muere, porque no creéis que nazca o surja, y muera o se oculte, y sabéis que es la tierra la que, al girar, detiene aquellos rayos y nos esconde aquella luz? Venid hacia un acto bello, a una ceremonia que lleva bondad al corazón. Esta misa es de oro; sí, como una bella aurora; como un puro tramonto. . ."

Y quisiera poseer una voz bien fuerte para encontrar, allá lejos, entre las ligas de segadores que, para no segar, se preparan, a los compañeros, a mis compañeros de otros

(Pasa a la página 270)